

Reescribiendo la nación desde la (des)territorialización del cuerpo

en *La hija del embajador*,
de Zoé Valdés

Rewriting the Nation from the (De)Territorialisation of the body

in *La hija del embajador*,
by Zoé Valdés

Mónica Ayala Martínez*

Universidad de Denison, Estados Unidos

- * Originaria de Cartagena, Colombia. Licenciada en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana y Psicóloga de la Universidad de Antioquia. Magister en Español de la Universidad de West Virginia. Doctorado en Español de la Universidad de Miami. Es profesora asociada en la Universidad de Denison, Estados Unidos. Sus áreas de interés son las literaturas y culturas cubana y brasilera contemporáneas, en las que se enfoca en el análisis de temas de raza, género y clase, migraciones y desplazamientos. Igualmente realiza investigación sobre producciones de cultura popular como las telenovelas, el rap, el rock y el hip hop. Entre sus últimas publicaciones está “La voz negra de una favelada: raza, género y nación en los testimonios de Carolina María de Jesús” (en *Hijas del Muntu*. M.M. Jaramillo y L. Ortiz (Eds.). Bogotá: Panamericana, 2011). Trabaja actualmente en la edición de un volumen sobre zombis en el mundo hispánico titulado *Zombies Travel Elsewhere: The Zombie Apocalypse in the Caribbean and Hispanic World*, y en las revisiones de un artículo sobre poesía negra brasilera contemporánea titulado “Finalmente nosotras o la toma poético-femenina del espacio étnico” que se publicará en *Cantos y poemas: Antología crítica de autoras afro-descendientes de América Latina*. Correo electrónico: ayala@denison.edu



Recibido: noviembre 2 de 2014 * Aprobado: diciembre 4 de 2014

Resumen

Este trabajo propone un análisis de la novela *La hija del embajador* en el que se identifican estrategias narrativas que usa la autora para criticar aspectos fundamentales de la nación cubana como las relaciones raciales y las relaciones de género, además de cuestionar la retórica del poder que tradicionalmente identifica a la nación como territorio nacional. En este análisis, la desterritorialización es el mecanismo central para criticar el proyecto nacional revolucionario y para ofrecer opciones de subversión de su condición patriarcal y hegemónica. La obra constituye una re-escritura de la nación cubana desde la perspectiva feminista. La conclusión indica que en la novela la visión tradicional de la Nación-Estado, como espacio estable en el que todo se incorpora a una territorialidad unitaria y esencialista, queda desplazada por representaciones de espacios móviles, por desterritorializaciones en las que es la posicionalidad subjetiva (femenina/masculina) la que debe determinar la visión y la escritura de la nación.

Palabras clave

Raza, Nación, Cuba, Caribe, Revolución, Espacio, Feminismo.

Abstract

This article proposes an analysis of the novel *La hija del embajador* that identifies narrative strategies used by the author to criticize basic aspects of the Cuban nation such as gender and race relations, besides questioning the rhetoric of power that traditionally identifies nation with national territory. In this analysis, deterritorialization is the central mechanism used to criticize the national revolutionary project and to offer options for subverting its patriarchal and hegemonic condition. The novel constitutes a re-writing of the Cuban nation from a feminist perspective. The conclusion states that in this novel, the traditional approach to the Nation-State, defined as a stable space in which everything is incorporated to a unitary and essentialist territoriality, is displaced by representations of spaces that are mobile, by desterritorialisations in which the subjective positionality (feminine/masculine) is what should determine how we view and narrate the nation.

Keywords

Race, Nation, Cuba, Caribbean, Revolution, Space, Feminism.

If power is eroticized, domination has to be confronted not so much on the level of conventional politics but on the level of gender and sexual identity¹.

Ruth Behar (2000, p.134)

‘Here’, [...], is not a place on a map. It is that intersection of trajectories, the meeting-up of stories: an encounter. Every ‘here’ is a here-and-now².

Doreen Massey (1999, p.107)

La narrativa de Zoé Valdés (La Habana, 1959) es reconocida, entre otras características, por dos elementos fundamentales que operan simultáneamente en sus novelas: el uso de un lenguaje derivado de la jerga popular, nocturna, habanera, y la presencia de una posición política determinada por una perspectiva antirrevolucionaria y crítica de la tradicional política de género. La presencia de estos dos elementos en su narrativa pone de manifiesto un interés claramente subversivo en su escritura y, particularmente, una posición crítica frente a la manera como el proyecto revolucionario cubano ha ido definiendo las relaciones de género, al mismo tiempo que cuestiona cómo las teorías y reflexiones sobre el espacio, particularmente sobre el Estado-Nación como espacio, han estado dominadas por una retórica masculina que ha producido reiterados discursos esencialistas sobre la nación como territorio.

Este trabajo analiza las estrategias a través de las cuales Valdés representa en la novela *La hija del embajador* (1996), la problematización del lugar de lo femenino en la cultura cubana postrevolucionaria, en el marco de discusiones teóricas contemporáneas sobre el espacio, y, particularmente, dentro del debate entre lo local y lo global en la Cuba de hoy³. Específicamente, se trata de analizar cómo la

1 “Si el poder es erotizado, la dominación tiene que ser enfrentada no tanto al nivel de la política convencional sino al nivel de la identidad de género y sexual” (mi traducción).

2 “‘Aquí’, [...] no es un lugar en un mapa. Es esa intersección de trayectorias, la reunión de cuentos: un encuentro. Cada ‘aquí’ es un aquí-y-ahora” (mi traducción).

3 En este trabajo se usa un marco teórico que combina diversas reflexiones sobre la identidad nacional cubana: las ideas de Cécile Leclercq en *El lagarto en busca de una identidad. Cuba: identidad nacional y mestizaje* (2004); las de Ruth Behar en “Post-Utopia: the Erotics of Power and Cubas’s Revolutionary Children”, Nara Araújo (2000) en “The Sea, the Sea, Once and Again”; Rafael Rojas (2000) en “Gallery of Cuban Writing”; Damián J. Fernández en “Cuba and *lo Cubano*, or the Story of Desire and Disenchantment”, todos estos artículos publicados en *Cuba, the Elusive Nation. Interpretations of National Identity* (Fernández y Cámara, 2000). Los textos sobre identidad cubana se combinan con pasajes de la investigación hecha por Amir Valle en *Jineteras* (2006) y, por último, se combinan con las reflexiones sobre el espacio propuestas por Doreen Massey en “Some Times of Space” and “A Global Sense of Place”, por Gillian Rose en la introducción a *Deterritorialisations... Revisioning. Landscapes and Politics* (Massey y Rose, 1999) y en la introducción a *Writing Women and Space. Colonial and Postcolonial Geographies* (Rose, 1994) y por Caren Kaplan (2001) en “Deterritorializations. The Rewriting of Home and Exile in Western Feminist Discourse”.

autora hace una propuesta narrativa en la que el cuerpo femenino y su experiencia de exilio continúan ejemplificando ese lugar problemático y contradictorio que la revolución cubana le ha asignado a las relaciones de género.

Daniela y la “política de la posicionalidad”

La hija del embajador narra las peripecias de la vida contradictoria de Daniela, hija de un embajador cubano en Europa. La narración se centra en la exploración de su compleja identidad personal y nacional, enfatizando las tensiones de la relación entre el personaje y su cuerpo. La novela no construye al personaje a la manera del *bildungsroman*, sino que la muestra en sus contradicciones y complejidad —a través de la descripción de múltiples experiencias que incluyen su viaje de Cuba a París, su relación con un amante enigmático y ladrón a la manera de James Bond— la relación filial con una amiga fotógrafa, su lugar en una familia completamente disfuncional y la violencia de una fallida maternidad.

Este trabajo parte de un reconocimiento importante: analizar esta obra de Valdés requiere su contextualización dentro del proyecto revolucionario. La novela dialoga continuamente con la utopía nacional cubana propuesta por este proyecto, desde el espacio post-utópico abierto por la crisis reconocida como Período Especial⁴ y desde el cuestionamiento de la visión hegemónica y esencialista del espacio.

Hay entonces una posición triple que este trabajo explora en *La hija del embajador*. Por una parte, está la posición de la escritora y de muchos de sus personajes como “hijos” directos del paradigma educativo del hombre nuevo propuesto por Ernesto ‘Ché’ Guevara en textos como *Educación y hombre nuevo*, es decir, su postura dentro del espacio ideológico del proyecto político revolucionario. Por otra, está su condición de mujer que escribe desde el lugar particular que asume por su condición de género específica, es decir, la posición que de manera consciente elige la autora para estructurar la historia de una mujer, desde la perspectiva de una mujer. Y está, por último, la posicionalidad que le confiere la experiencia del exilio, o mejor, la puesta en marcha de una escritura ejercida desde el

4 Recuérdese que se reconoce con este nombre a los años de más seria crisis económica posterior a 1959 en Cuba, que comienzan entre finales de 1991 y comienzos de 1992, como resultado de la caída del llamado bloque socialista soviético, del consecuente congelamiento de ayuda económica y compra de azúcar a Cuba y de la agudización de las sanciones impuestas a la isla por el llamado bloqueo económico norteamericano.

desacomodo y la extrañeza producidos por la distancia y la ausencia, es decir, la posicionalidad que puede ser asumida en relación directa con la pertenencia real y simbólica a un país y a una cultura.

Esta triple posicionalidad responde a una dinámica en la que algunas veces hay simultaneidad y, en otras, las posiciones se alternan. Estas tres posiciones se deben caracterizar, además, como de triple alienación o subalternidad, para usar la denominación de la teoría poscolonial. Esa condición de triple alteridad es, además, la misma que define a Daniela, la protagonista de *La hija del embajador*. A continuación, se explora cada una de esas posiciones para indicar la relación entre cuerpo femenino, espacio y Nación en la novela. La geógrafa Gillian Rose propone la noción de “política de la localización”, es decir, una “elaboration of a subject position marked by the histories and geographies of power relations (that) denies the erasure of self enacted by the master subject” (Rose, 1993, p.7)⁵. Este concepto, que constituye el eje teórico de su texto *Feminism and Geography: The Limits of Geographical Knowledge* (Rose, 1993)⁶, sirve en este trabajo para entender el hecho de que, en la novela de Zoé Valdés, Daniela es un personaje móvil, cuya identidad se desplaza y se modifica a través de las diferentes posiciones que debe asumir en circunstancias diversas.

La primera posición hace referencia, como ya se mencionó, a las condiciones históricas y culturales específicas del proyecto nacional moldeado por la revolución de 1959, el cual se ancló en su carácter liberador y en su sentido comunitario y homogeneizador. Como todo proyecto nacional, se sustenta en un discurso que propone una nueva e independiente representación política para la colectividad cubana. Una de las formas más conocidas que tomó esa propuesta de unificación es la de homogeneización racial a través del establecimiento del mestizaje y, en el caso particular de Cuba del mulato, como símbolo de lo nacional. Tal y como lo indica Cécile Leclercq (2004) en *El lagarto en busca de una identidad*:

-
- 5 “Elaboración de la posición de sujeto marcada por las historias y geografías de las relaciones de poder (que) niega el borrar de lo auto efectuar por el sujeto maestro” (mi traducción).
- 6 En este texto, la autora retoma la noción de “politics of location” de la poeta feminista estadounidense Adrienne Rich (2003), quien en su ensayo “Notes Towards a Politics of Location” [Notas hacia una política de la posicionalidad] reflexiona sobre las múltiples facetas de la construcción de la identidad femenina, indicando que factores como el sexo y la raza, hacen parte de las redes de poder desde las que se ha definido la identidad de la mujer. En ese texto indica, por ejemplo, “I was defined as white before I was defined as female. The Politics of Location. Even to begin with my body I have to say that from the outset that body had more than one identity”. [“Fui definida como blanca antes de ser definida como mujer. La política de la localización. Incluso, al empezar con mi cuerpo, debo decir que desde un comienzo ese cuerpo tenía más de una identidad”].

La revolución siempre consideró el mestizaje como un modelo de integración nacional, es decir, el mestizaje se volvió un programa unificador concreto en un momento en que la sociedad cubana necesitaba homogeneizarse y fortalecerse para luchar contra los enemigos políticos del país. Dicho de otro modo, el mestizaje se ha vuelto programático. En la era revolucionaria, el culto del mestizaje representa también la sincera búsqueda de una fórmula unificadora que borre para siempre todo concepto divisionista. (p.466)

No obstante, sabemos ya claramente que las comunidades definidas por este tipo de proyectos son, de hecho, como lo ha indicado Benedict Anderson (2006), “comunidades imaginadas” que se construyen a través del establecimiento de principios delimitadores y excluyentes. Es decir, se constituyen por medio de un proceso violento marcado necesariamente por la dinámica inclusión-exclusión, en la que se determina quiénes son miembros de esa colectividad nacional. En el caso particular del mestizaje, por ejemplo:

La Revolución cubana, por su parte, reivindicó las raíces africanas de la nacionalidad para después incorporarlas y diluirlas en el cuerpo nacional, tal como lo hizo la Revolución mexicana con la herencia indígena. El mestizaje sirvió para cimentar la hegemonía y la unidad nacional como una fórmula capaz de trascender las divisiones entre clases y etnias. En este sentido, la identidad mestiza, hecha y rehecha, es mítica, resulta ser una creación imaginativa como la identidad criolla decimonónica, es una re-funcionalización de la identidad nacional cubana. (Leclercq, 2004, p.480)

Si bien *La hija del embajador* no es una novela centrada en el tema racial, es importante anotar que Daniela y su familia diplomática representan una crítica directa al modelo de mulatización cubana. Esta crítica aparece en la historia a través de un personaje cuya identidad racial es inestable, dado que Daniela es racialmente desterritorializada en la medida en que comparte una herencia étnica mezclada. Aunque la mezcla racial no constituye ninguna novedad en la historia de Cuba, en el caso de Daniela no se trata de la tradicional mezcla entre blancos y negros, sino de una mucho más compleja que va desde Irlanda a China, a Galicia y a África. Esta característica claramente subvierte la simplicidad del modelo igualitario entre blancos y negros propuesto por la Revolución. Además,

la inclusión de un antepasado chino en la historia del personaje constituye una crítica directa al olvido al que se ha relegado la presencia de la cultura china en la historia cubana.

Por otra parte, Valdés propone otra crítica a la supuesta superación de las diferencias raciales dentro del modelo revolucionario. Las características raciales de Daniela y su familia, conectadas al trabajo del padre como diplomático que representa a su país en Europa, manifiestan el uso político de lo racial a nivel global. La novela reitera el color rubio de su cabello, la blancura de la piel de Daniela y el color verde de sus ojos⁷. Al mismo tiempo que a través de toda la narración se recalca la tradicional tensión en el establecimiento de una identidad cultural cubana por oposición a la europea y, particularmente, a la francesa⁸.

La novela identifica al mestizaje como un signo desestabilizador y de valor heteróclito, que solo es coherente con la amalgama y la confusión que caracterizan el personaje, si es que no agudiza las continuas ambivalencias en su identidad. La voz narrativa dice en las páginas iniciales del relato refiriéndose a la identidad étnica de Daniela:

Así no se llegaba a ninguna parte. A Europa no se llega en taxi. Claro que no. El pasaporte de la abuela irlandesa traería buena suerte, el del abuelo chino daría paciencia, el del abuelo gallego tal vez algún día la salvaría, su abuela negra nunca había tenido pasaporte [...]. (p.15)

La Revolución cubana constituye un modelo singular⁹ como construcción de esa comunidad imaginada por cuanto, aunque reivindica raíces africanas, no se ancla en un retorno a los orígenes (ni étnicos, ni raciales, ni culturales, ni religiosos), sino en un movimiento hacia el futuro, hacia la utopía de una futura nación cubana, finalmente independiente, soberana, homogénea, por el pueblo y para el pueblo. Sin embargo, a pesar de su consciente y programático esfuerzo igualitario,

7 Sus rasgos físicos son tan “europeos” que, en un pasaje completamente sarcástico del relato, se narra cómo la embajadora alemana confunde a Daniela con “¡La princesa Stef de Mónaco!” (p.21).

8 En la novela hay además referencias críticas al tema de la migración y la mezcla étnica que esta conlleva desde una perspectiva más global, cuando el personaje identifica su llegada al aeropuerto de París como un lugar lleno de árabes, o hace referencia a anuncios publicitarios que tratan de borrar diferencias y discriminación racial con felices fotografías de jóvenes blancos y negros, o incluso cuando lee un anuncio que identifica a Francia como “La Francia para todos” (pp.61-62).

9 Teóricos como Anthony Smith con *Theories of nationalism* (1971) y *The Ethnic Origins of Nations* (1986), Nira Yuval-Davis con *Gender and nation* (1997), y Louis Snyder con *The New nationalism* (1968), han establecido tipologías de proyectos nacionalistas que ponen en evidencia importantes similitudes subyacentes entre ellos.

la Revolución, como proyecto de redefinición de la nación cubana, no puede escapar a la dinámica hegemónica y patriarcal que caracteriza a cualquier Estado-Nación. Tal y como lo indica Nira Yuval-Davis (1997) en *Gender and Nation*:

The expression 'Nation-State' camouflages the only partial overlap between the boundaries of the hegemonic national collectivity and the settled residents or even citizens of the state. [But] even beyond this, the integrity and viability of the 'community of citizens' thus defined, is very much dependent on clear cut definitions of who belongs and who does not belong to it. (p.26)¹⁰

Dentro de esa visión utópica, el tema del mestizaje ocupa un lugar central dado que, siendo una nación en el Caribe, y, tradicionalmente, un centro de inmigración y mezcla racial, Cuba es entendida como el territorio donde florecería el proyecto nacional revolucionario, y en el que se aniquilarían las diferencias raciales y sus correspondientes diferencias sociales.

En la historia de *La hija del embajador*, la que más obviamente encarna estos mecanismos de exclusión es Marcela, la amiga fotógrafa e incondicionalmente fiel que vive en París, discriminada por la supuesta traición política de sus padres. Si bien en este caso es excluida por filiación política y no por diferencia racial, Marcela representa otra crítica al carácter hegemónico de la Revolución. Abandonada por sus padres que deciden salir de Cuba en el éxodo del Mariel, Marcela regresa a su casa en Cojímar donde estudiaba becada por el gobierno revolucionario, para encontrarse sorprendida por el repudio de sus vecinos que la llaman “¡Escoria, gusana, traidora!” (p.40). Será después que Marcela entienda, al descubrir la nota que le dejan sus padres, que ella se ha convertido en una indeseable y sus compatriotas “la expulsaron de la vida” (p.40). Las historias de las dos amigas, Daniela y Marcela, ponen en evidencia en el relato la crítica directa que Valdés hace a la política de género que caracteriza los mecanismos inclusión-exclusión en el proyecto nacional revolucionario¹¹, y la directa relación entre esta política de género, la de clase y la de la diferencia racial en la isla.

10 “La expresión ‘Nación-Estado’ camufla solo la parcial superposición entre los límites de la colectividad nacional hegemónica y los residentes asentados o inclusive los ciudadanos del Estado. [Pero] más allá de esto, la integridad y viabilidad de la ‘comunidad de ciudadanos’ así definida, depende mucho de una definición clara de quién pertenece o no pertenece a ella” (mi traducción).

11 Esta crítica en la novela se lleva aún más lejos cuando se deja saber al lector toda la historia de Marcela, indicándole que ella incluso regresa a Cuba y va a la casa de la presidenta del cedeerre para humillarla devolviéndole los huevos y los tomates que una vez le tiró a Marcela y que ahora le servirán a la cubana socialista para comer. Esta última, como ejemplo de la doble moral nacional en la que ha devenido el proyecto patriarcal revolucionario, le contesta que nunca le gritó traidora sino que le decía “trae dólar, trae dólar... ¿Ves que es casi igualito?” (p.42).

En *Educación y hombre nuevo*, Guevara describe al hombre nuevo revolucionario como un hombre, dedicado enteramente a la causa revolucionaria y guiado por el sentimiento de amor hacia su pueblo. En cuanto al lugar de las mujeres dentro de este paradigma, Guevara hace mención de ellas una sola vez, para indicar que su único papel es el de sacrificar sus vidas para que la Revolución pueda dar frutos. Es sin duda un proyecto que se funda en un discurso hegemónico basado en la tríada patria-patriarca-revolución. Una dinámica que, siguiendo a Ruth Behar (2000), puede definirse como “rooted in a form of authoritarian state power whose sexual politics privileged the male charismatic revolutionary [as] only the heterosexual male revolutionary could confront the emasculating power of U.S imperialism”¹² (p.138)¹³.

Criada dentro de ese modelo político, social y sexual, Daniela, hija del embajador cubano en París, encarna las contradicciones ideológicas del modelo revolucionario en cuanto a la posición de la mujer a varios niveles. Por una parte, muestra su cansancio con los que llama “fetiches” revolucionarios como la figura masculina del héroe. Así lo expresa de manera sarcástica cuando dice al comienzo del relato:

Convertiremos el revés en victoria. Siempre se puede más. ¿Por quién? Por Viet-Nam. Y haremos de cada minuto, un minuto revolucionario. Hacer más con menos. Socialismo o muerte, valga la redundancia. ¿Y dónde estaban los personajes celestiales? ¿Dónde los mensajes del más allá? La saliva le supo a metal. Ni siquiera halló consuelo en el aliento de los druidas. La invadió el sabor metálico. No era una luz, era un insecto, un héroe. ¡Coño, otra vez otro héroe! (p.20)

12 A este respecto pueden leerse también las reflexiones de Emilio Bejel (2000) en “Cuban Condem Nation of Queer Bodies”, en las que hace todo un rastreo histórico del proceso de marginalización de lo homosexual en el discurso nacional cubano. Si bien hay que aclarar, siguiendo al mismo Bejel, que este no es un fenómeno exclusivamente cubano sino que caracteriza a todo discurso sobre la nacionalidad: “In the modern world, everyone is expected to have a nationality, just as everybody is expected to have a gender. Discourse on nationality as well as on gender seeks to naturalize itself in order to anchor its limits and privileges in essentialist bases, since its foundations are, in fact, quite precarious. Moreover, the discourses of nationality and heterosexism support each other, and this alliance has deeply affected the relationship between the categories of homosexuality and nationalism” (p.156); [“En el mundo moderno, se espera que todos tengan una nacionalidad, así como se espera que todos tengan un género. Tanto los discursos sobre la nacionalidad como los de género buscan naturalizarse a sí mismos con el fin de anclar sus límites y privilegios en principios esencialistas, pues sus bases son, de hecho, bastante precarias. Además, los discursos sobre la nacionalidad y la heterosexualidad se apoyan mutuamente, y esta alianza ha afectado profundamente la relación entre las categorías de homosexualidad y nacionalismo” (mi traducción)].

13 “Basada en una forma del poder de Estado autoritario cuya política sexual privilegió al carismático revolucionario [como] solo el revolucionario heterosexual podía enfrentar el poder emasculante del imperialismo estadounidense” (mi traducción).

Por otra parte, a través de la parodización y la ironía, Daniela confronta el vacío de su experiencia como joven revolucionaria. Reconoce, por ejemplo, en la amistad y la fidelidad que esta conlleva, un valor que sobrepasa la consigna revolucionaria. Al decidir irse indica enfática que fue una amiga fiel: “Sabía que todos estarían más viejos a su vuelta, pero fieles. La fidelidad era más que la consigna” (p.16).

La Revolución se propuso como un objetivo importante dismantelar el sistema patriarcal otorgando derechos inexistentes para las mujeres cubanas hasta entonces. En la defensa de la sexualidad de la mujer, hizo posible el derecho al divorcio, al control de la natalidad, a la educación y a entidades estatales de cuidado infantil. En el discurso revolucionario fue claramente planteado el deseo de transformar las relaciones de género y este alcanzó seriedad y dimensiones nacionales¹⁴. Por otra parte, la Revolución no pudo nunca evitar su condición de proyecto masculino. Según indica Ruth Behar (2000), “[...] patriarchy could be dismantled only as long as the figure of the patriarch –namely, Fidel– was never touched” (p.141)¹⁵. De ahí que el feminismo resultara imposible como movimiento independiente, en tanto debía mantenerse subordinado a la Revolución.

El efecto de esta contradicción, produce, en el caso de Daniela, un vacío existencial. Por un lado, no ha desaparecido en Cuba el uso del cuerpo femenino como mercancía. Tal es el caso de las interacciones que tienen lugar en la presentación que se hace del personaje en el mundillo diplomático de sus padres. Allí, “Daniela se sentía un negocio que el padre quería proponer a sus colegas, un producto típico cubano, como el tabaco o el reloj” (p.63)¹⁶. Por otro, hay en ella una ca-

14 Es importante incluir aquí las reflexiones que al respecto hace Amir Valle (2006) en el rastreo histórico de la prostitución en Cuba presentado como parte de su texto *Jineteras*. En él dice: “Las primeras medidas liberalizadoras del gobierno revolucionario en la búsqueda de la emancipación social de la mujer cubana estuvieron dirigidas a la creación de posibilidades de proyección del sector femenino hacia la vida económica, social y política del país, a partir de la fundación de escuelas de aprendizajes de oficio, educación gratuita, atención a mujeres solas y con hijos, vinculación a puestos de trabajo de acuerdo con su capacidad laboral e intelectual, y otras, que permitieron que la mujer fuera ocupando poco a poco un nivel superior (aun cuando todavía no sea el esperado entonces) al que tenía antes del triunfo revolucionario: la masa femenina del país dejó de ser el elemento parásito de la familia cubana (útil solo en lo que concernía a las labores hogareñas, cuidados de los hijos y otras labores domésticas) y se convirtió paulatinamente (tampoco todavía en la medida de lo esperado entonces) en protagonista de algunos de los principales sucesos históricos y políticos de esas primeras décadas, entre ellos, la campaña de alfabetización” (p.192).

15 “[...] el patriarcado puede ser dismantelado solo si la figura del patriarca –a saber, Fidel– nunca es tocada” (mi traducción).

16 Recuérdese también que una de las formas que toma la política de género en Cuba es la de la reiteración de la mítica imagen de la mulata continuamente sensual, como parte fundamental de una identidad nacional ampliamente erotizada que ha sido usada y reiterada tradicionalmente en Cuba, por distintos tipos de gobiernos. La novela de Valdés no escapa a las referencias a este reiterado mito de la intensidad sexual isleña. La voz narrativa

rencia que se reitera y cobra forma en un cuerpo marcado continuamente por la falta y la herida, las que a su vez están directamente vinculadas a sus experiencias con el espacio y el tiempo.

Desde el comienzo de la novela, Daniela está marcada por una falta, por un vacío de ser que se mantendrá a través de todo el relato: “Se aventajaba en edad a sí misma porque pensaba constantemente, por eso era tan fracaso para todo. Mientras su amiga quería largarse del país ella quería abandonar el mundo” (p.13). A nivel existencial, Daniela está siempre al borde de su desaparición. Un constante nihilismo reactivo la conecta con el mundo, con sus padres, con sus amantes y con su propio cuerpo; dislocada de la realidad y del tiempo: “Ella extrañaba los sitios donde estuvo, donde siempre estará. Donde no está. Ella no vivía en el presente. Ella sentía el pasado masculinamente y husmeaba el futuro como un efebo ante su maestro de filosofía” (p.14), indica la voz narrativa.

Su marginalidad en relación con el sistema sociopolítico en el que ha crecido queda claramente manifiesta en todo el relato pero, en este caso particular, se refiere al contraste entre la forma como Daniela entiende, vive y percibe el tiempo y el espacio, y la forma como estos son definidos por el discurso nacional histórico de la nación cubana. En este último, la historia cubana es lineal y está demarcada por un antes pre-revolucionario y por el futuro que creará y que a su vez será creado por el hombre nuevo. La historia nacional cubana es, desde este discurso oficial, la historia de la épica masculina marcada por reiterados fracasos, o guerras fallidas, hasta la llegada liberadora de los revolucionarios en 1959. Determinada por una propuesta evidentemente nacionalista, la Revolución enfatizó aspectos singulares de la especificidad cultural e insular cubana, reiterando la idea de la “Perla del Caribe” como una isla con características culturales y geográficas específicas y con un destino histórico propio.

En este sentido, ese discurso oficial correspondería a lo que Doreen Massey llama “the ‘reactionary’ notion of place” (1999, p.172)¹⁷. Es decir, una definición del lugar identificado como comunidad, una territorialidad que implica estabilidad, ausencia de movilidad y que, de esta forma, contiene, entre otros problemas: “[...] the idea that places have single, essential, identities. Another is the idea that

dice, por ejemplo, describiendo el encuentro sexual entre la protagonista y el ladrón de diamantes: “Fue lento, sin aspavientos. Los franceses no son tan frenéticos cuando tiemplan como son los cubanos. Lengua con lengua, tiernos e inmortales” (p.52).

17 “el concepto ‘reaccionario’ del lugar” (mi traducción).

identity of place –the sense of place– is constructed out of an introverted, inward-looking history based on delving into the past for internalized origins, translating the name from the Domesday Book” (p.173)¹⁸.

Esta visión limitada del espacio corresponde a su oposición con el tiempo, el cual es aquí entendido por contraste, como el territorio de la movilidad, el desplazamiento, el cambio. A ella se opondría una visión más amplia del espacio en la cual se reconoce que “a territory is integrally spatio-temporal” (Massey, 1999, p.111)¹⁹. Es decir, que espacio y tiempo no se oponen sino que uno contiene al otro. Tal y como indica el epígrafe en el texto de Massey: “Space has time/times within it. This is not the static simultaneity of a closed system but a simultaneity of movements [...]. ‘Here’, in that sense, is not a place on a map. It is that intersection of trajectories, the meeting-up of stories; an encounter. Every ‘here’ is a here-and-now” (1999, p.111)²⁰.

La protagonista de la novela de Valdés se mueve definitivamente en esta segunda definición de espacio-tiempo. De ahí que su vida se pueda caracterizar como una experiencia de desterritorialización. Eso se manifiesta claramente en la relación que Daniela tiene con su identidad cultural. La novela indica lo siguiente al contrastar la experiencia de “ser cubana” que tienen Daniela y su amiga Marcela:

Marcela no quería pensar en otro regreso, pero ella nunca había partido. Daniela había permanecido muy poco y no conocía la sensación de regreso a parte alguna, porque no tenía idea de dónde venía, geográficamente hablando ella siempre había tenido que salir de cualquier país sin derecho a la nostalgia. (p.43)

Marcela se ha exiliado en Francia luego de casarse “con un senil francés” (p.40), y de un breve reencuentro con sus padres divorciados en Miami, pero es claro que siempre tiene un vínculo nostálgico con Cuba, evidente al preguntarle a Daniela por sus amigos en la isla evitando “el tema de las palmeras y del mar, tan azul” (p.45). O cuando le dice a Daniela en una nota: “Te quiero, tú sabes lo que

18 “[...] la idea de que los lugares tienen una identidad única y esencialista. Otra es la idea de que la identidad de un lugar –el sentido de un lugar– es construida de una historia introvertida ensimismada, basada en investigar el pasado para hallar orígenes internalizados, traduciendo el nombre en el libro Domesday” (mi traducción).

19 “un territorio es integralmente espacio-temporal” (mi traducción).

20 “El espacio tiene tiempo/tiempos dentro de él. No es la estática simultaneidad de un sistema cerrado sino una simultaneidad de movimientos [...]. ‘Aquí’, en ese sentido, no es un lugar en un mapa. Es esa intersección de trayectorias, la reunión de cuentos: un encuentro. Cada ‘aquí’ es un aquí-y-ahora” (mi traducción).

significa para mí volver a verte, es como... como volver a la isleta de mierda que tanto nos cagó la vida...” (p.48). Daniela, por su parte, es muy ambivalente en relación con su “cubanidad”. Al salir de la isla hacia París hay una parodia de esa identidad:

Detrás, en aquella ciudad bordeada de mar, en su país, habían quedado los daguerrotipos, la muñeca de 1919 registrada en catálogos, su veraniega amiga, y el novio sin tragedias de dinero, el singante folclórico para tranquilizar su conciencia de que singaba en cubano y no en extranjero. Los pretextos para obligarse a pensar en las raíces, los intrínquilis del regreso. Esa identidad que se la pasaba cogiéndole la baja a una, cañoneándola. (p.35)

La novela reitera que ser cubana no le ofrece una identidad estable a la protagonista. Daniela vive culturalmente desterritorializada. La revolución no le ofrece una opción efectiva de identidad cultural ni nacional. Lo más cercano a identificarse como cubana es la tensión en la que temporalmente se reconoce al compararse con otros personajes europeos. Por ejemplo, está el reconocimiento de que “es la hija del embajador de un país pobre. Es, según el escrutamiento del Agregado Cultural inglés, una subdesarrollada con innegablemente cierta distinción” (p.22)²¹. Es más, excepto por una momentánea sensación de culpa que le produce malgastar el dinero o vivir con ciertas comodidades cuando “todo aquello lo pagaba Liborio, el pueblo combatiente, su amiga y su singante sin recursos” (p.34), su conexión con Cuba, tanto su identidad nacional como cultural, son bastante difusas y contradictorias, condición irónica para la hija de un embajador que

21 Esta posición de los diplomáticos que Valdés ampliamente critica en esta novela, corresponde a la visión de espacio determinada por dinámicas de poder típicamente colonizadoras. En ellas se reconoce al espacio como superficie, disociado del tiempo, en vez de identificarlo como una realidad espacio-temporal, como la esfera de la simultaneidad, la pluralidad de historias que están aconteciendo en el tiempo, y que confluyen en él. Como indica Doreen Massey (1999): “Hegemonic geographical imaginations tend to present things differently. Countries, it is often said, are ‘advanced’ or ‘backward’ or, in a less explicitly derogatory but more obfuscating terminology, they are developed or developing... The difference between ‘developing’ places and ‘advanced’ places lies in their relative positions along a trajectory imagined as singular. The fullness of their contemporaneous otherness is restrained, reduced to a place in a historical queue. The future of developing places is already foretold in the developed present (though, of course, given the inequality-producing dynamics of capitalist globalisation it is not) [...]” (p.115); [“Imaginaciones geográficas hegemónicas tienden a presentar las cosas de manera diferente. Se dice con frecuencia que los países son ‘avanzados’ o ‘atrasados’ o, en términos menos explícitamente despectivos pero a la vez con una terminología más ofuscante, son desarrollados o en vías de desarrollo... La diferencia entre lugares ‘en vías de desarrollo’ y lugares ‘avanzados’ radica en sus posiciones relativas a lo largo de una trayectoria imaginada como singular. La plenitud de su otredad contemporánea es restringida, reducida a un lugar en una cola de espera histórica. El futuro de lugares en vías de desarrollo ya está pronosticado en el presente desarrollado (a pesar de que, por supuesto, dadas las dinámicas del capitalismo globalizante que producen inigualdades no lo es) [...]” (mi traducción)].

debe representar la cultura de su país²². Lo que la conecta directamente a la isla es que Daniela no la vive como “La patria”, sino como el lugar de encuentros, de historias conectadas a través del lazo indisoluble de la amistad. Aún más, Cuba es para ella “aquella isla” (p.88) que no podía borrar de su cabeza, “ese país tan mujer, tan sola” (p.88); no es el Estado construido por las guerras épicas de compatriotas héroes sino que, además de ser un territorio insular, es el espacio en que se tejen y destejen continuamente historias marcadas por condiciones específicas, particularmente por la experiencia de la emigración y el exilio. La novela transcurre intercalando espacios. La relación de la protagonista con el espacio físico es compleja, fluctuante, inestable. Nara Araújo (2000) en “The Sea, the Sea Once and Again” identifica este juego con el espacio como característica de la literatura de las “novísimas”²³ e indica que “now the relationship with the physical space that defines the self-perception is conflictual and active. Circular movement, of flow and ebb, of erection and erosion, is written in the feminine imaginary of water and island, but it is not essence but position within a symbolic fabric” (p.238)²⁴.

Esta inestabilidad en la relación con el espacio no solo se refiere a Cuba y a París, las dos geografías específicas en las que transcurre el relato, sino la habitación, el taxi, el aeropuerto, el avión, la limosina, la casa paterna, espacios puntuales en París como Galerías Lafayette o la Explanada de los Inválidos, un café, el metro, el apartamento de Marcela en París, la casa del ladrón de diamantes, las mansiones que este “roba”. Todos los espacios en los que acontecen historias que se van a hilar a la compleja madeja que es la vida de Daniela. A esta característica se refiere Nara Araújo (2000) cuando dice:

In the texts of the *novísimas*, female characters define their borders internally, to affirm them, but they continue to permeate the external, to deconstruct it. The microstory of the local engages

22 En la novela se la describe así: “Nadie lo creería, que ella fuera la hija de un embajador. No tenía nada que ver con ese mundo. Olvidaba que era la hija de un embajador de un país en desgracia, pobre, solitario, y, ‘socialista’. Más bien parecía una rockera, o una trapecista” (p.70)

23 “‘Novísimas’ is the name given to a group of writers born in Cuba in the 1960s and 70s, who in the 1980s changed the models of women’s writing on the island” (Araújo, 2000, p.225); [“‘Novísimas’ es el nombre dado al grupo de escritoras nacidas en Cuba en los años 60 y 70, quienes en los años 80 cambiaron el modelo de la escritura de mujeres en la isla” (mi traducción)].

24 “ahora la relación con el espacio físico que define la autopercepción es conflictiva y activa. Movimiento circular, de flujo y reflujo, de erección y erosión, está escrito en el imaginario femenino de agua e isla, pero no es esencia sino posición dentro de un tejido simbólico” (mi traducción).

and subverts the hegemonic, unitarian, and modern metanarrative of national identity (which does not acknowledge the specific of gender), and it articulates a counternarrative that erases the totalizing limits of the nation and perturbs the ideological maneuvers through which “imagined communities are given essentialist identities”²⁵. (p.237)²⁶

Tanto Cuba como París fluctúan entre su realidad como territorios geográficos y su condición de espacios entendidos como microfísicas de poder en los que se encuentran historias determinadas por circunstancias particularmente específicas. En la historia de Daniela, es ella quien puede viajar a París por su condición de hija de embajador, no sus amigos en la isla. Pero allí también vive Marcela, quien se ha construido la realidad de una fotógrafa exitosa a cambio de la soledad y la nostalgia. Estos elementos en la trama de la novela pueden remitirse nuevamente a la ya mencionada “política de la posicionalidad” retomada por Gillian Rose (1994), quien se refiere a su vez a esta “politics of location” en los siguientes términos: “[the] elaboration of a subject position marked by the histories and geographies of power relations [that] denies the erasure of self enacted by the master subject” (p.7)²⁷.

Esta definición del espacio como espacio-tiempo en la que se inscribe *La hija del embajador*, contrapuesto al geográfico y lineal de la historia oficial y patriarcal, corresponde a lo que define Caren Kaplan (2001) como “one term for the displacement of identities, persons and meanings that is endemic to the postmodern

25 En la narrativa de este grupo de escritoras, Araújo (2000) también identifica una propuesta eminentemente feminista: “In the texts of the *novísimas*, the location of the action is not that of the historical/everyday/representative; it is an alternative space: a room, a dream, a short story. That closed space and its “otherness” can be thought of from the binary logic of the inside/outside and its relation between the public space and the private. According to Gayatri Spivak, the deconstruction of such dichotomies constitutes, at least implicitly, a feminist agenda” (p.232); [“En el texto de las *novísimas*, la localización de la acción no es la del representante histórico/cotidiano; es un espacio alternativo: una habitación, un sueño, un cuento. Ese espacio cerrado y su ‘otredad’ puede ser pensado desde la lógica binaria de adentro/afuera y su relación entre el espacio público y privado. Según Gayatri Spivak, la deconstrucción de tales dicotomías constituye, por lo menos implícitamente, una agenda feminista” (mi traducción)].

26 “En el texto de las *novísimas*, los personajes femeninos definen sus límites internamente, para afirmarlos, pero continúan penetrando lo externo, para deconstruirlo. El micro-cuento de lo local entabla y derriba la metanarrativa hegemónica, unitaria y moderna de la identidad nacional (que no reconoce lo específico de género), y que articula una contranarrativa que borra los totalizantes límites de la Nación y perturba las maniobras ideológicas mediante las cuales ‘a las comunidades imaginadas se les dan identidades esencialistas’” (mi traducción).

27 “[la] elaboración de una posición de sujeto marcada por las historias y las geografías de relaciones de poder [que] se oponen a la borrada del yo elaborada por el sujeto dominante” (mi traducción).

world system” (p.190)²⁸: y que en el caso de Valdés tendría el carácter de una continua oscilación entre la territorialización y la desterritorialización, o lo que Deleuze y Guattari definieron como “nomadismo”. Esto puede decirse porque, Daniela, por ejemplo, si bien dislocada frente a su cubanidad, en momentos de la narración participa, por elección personal, de la posición de territorialización, es decir, se asume e identifica como cubana.

Territorialización, cuerpo y lenguaje

Dos elementos fundamentales en la oscilación identitaria del personaje de Daniela son el lenguaje y el cuerpo. Un ejemplo de la participación del lenguaje en este juego identitario es el que tiene lugar cuando ella adopta hablar en “cubiche”, en la jerga popular cubana. Así sucede cuando la escoge para hablar y también, obviamente, la escoge con el objeto de incomodar a sus padres, particularmente a su madre (p.42)²⁹. Esta elección de Daniela manifiesta también, a nivel del lenguaje, su condición marginal, si bien en este caso, revela una posición de resistencia al discurso hegemónico y a la norma, encarnada particularmente en la figura de la madre.

Esta posición subversiva a nivel del relato es paralela a la de Zoé Valdés dentro del canon de la novelística cubana dado que una de las características de su estilo es el uso del lenguaje soez y del choteo, tradición instalada en la literatura cubana por figuras masculinas; Guillermo Cabrera Infante y Reinaldo Arenas, son dos de ellas. En la narrativa de Valdés, el lenguaje soez está, además, directamente asociado a la presentación directa de una abierta sexualidad femenina³⁰.

28 “un término para el desplazamiento de identidades, personas y significados que es endémico para el sistema mundial postmoderno” (mi traducción).

29 En la narración, este es precisamente el rasgo que permite a Marcela identificar a Daniela la primera vez que la escucha hablar con su padre en una exposición de pintura en Londres, cuando Daniela le dice “-¿Qué bolá, pa? Hace un tongón de días que no los veo” (p.42). El uso del cubiche es lo que abre las puertas para que luego se hagan “amigazas, socias, aseres, moninas” (p.42).

30 Rafael Rojas (2000) en su artículo “Gallery of Cuban Writing” ha llegado a señalar cómo el establecimiento de un canon literario en la isla, tanto el que mira hacia dentro en la historia cubana, como el que mira hacia fuera, responde a un proceso en el que se identifican como canónicos aquellos textos que mejor narran la nación cubana. Esta característica sería particular de la historia literaria cubana, por contraste con las historias literarias caribeña y latinoamericana. De acuerdo con las observaciones de Rojas, el canon literario cubano se ha establecido vinculado directamente a la definición de la identidad cultural cubana, siguiendo el proceso que Homi Bhabha describe como “nations [that] become ‘narrating narratives’, which is to say they cease being only narrated objects, imagined communities, in order to transform themselves into subjects that invent their own genealogies through writing” (p.245); [“naciones [que] se convierten en ‘narrativas narradas’, lo que significa que dejan de

En el caso de Daniela, la joven pionera que ha jurado ‘revolución o muerte’, es una joven sin futuro profesional ni económico, nunca ha podido graduarse de ninguna universidad en la que ha estudiado porque sus padres no tienen dinero suficiente para pagar. Además, cumple con dificultad su papel como representante de la oficialidad política cuando acompaña a su familia. La estructura familiar pretende mostrarse en la novela como una prolongación del sistema patriarcal instaurado por la Revolución. Si bien su padre la describe como bella e inteligente, le señala dos graves defectos de comportamiento: no es casera ni sabe cocinar (p.63). Su actitud rebelde y abiertamente agresiva hacia los padres evidencia el distanciamiento y la fragmentación del núcleo familiar, los cuales se han agudizado porque Daniela ha matado por accidente a su hermano menor. En esta familia, el padre vive siempre “en Marte”, y la madre solo ejerce su función como “diplomática-esposa-acompañante” o como “Maternal Diplomática”, y esto le impide cualquier cercanía afectiva con la hija, excepto la del rechazo. Separada del padre por motivos de género y de personalidad, nunca podrá establecer lazos de afecto ni complicidad con la madre a quien le ha robado accidentalmente su hijo varón.

El nihilismo reactivo que caracteriza a Daniela, se manifiesta en una experiencia ezquizoide de otro territorio importante en la escritura de mujeres, su propio cuerpo. Por una parte, la distingue la intensidad de sus sensaciones: “Ella era capaz de caer enferma por haber templado o singado con demasiada premura” (p.14). En otras oportunidades se caracteriza por una ausencia total de sensibilidad: “El día antes una teja había roto su cabeza. Sangró debajo del aguacero, le dieron siete puntos” (p.13). En otras, por una actitud de autoagresión: Daniela es alcohólica y, al final de la novela, su amiga Marcela la descubre ensangrentada en la bañera, tiritando de fiebre, después de que se ha practicado un aborto con una aguja de tejer. El personaje expone reiteradamente su cuerpo a experiencias límites que pueden conducir a la muerte, tanto simbólica como real. Su experiencia más intensa la vive con un personaje surreal, Maurice, el ladrón, con el que vivirá un romance intenso y casi irreal sobrevolando el cielo de París, robando lujosas mansiones, bebiendo champán y vino tinto y accediendo a la experiencia de la maternidad, simbolizada en la novela por un diamante que el ladrón pone en su boca durante su vuelo a París.

ser solo objetos narrados, comunidades imaginadas, para transformarse ellas mismas en sujetos que inventan sus propias genealogías” (mi traducción)]. En este sentido, las obras de escritoras como Valdés subvierten cualquiera de las alternativas canónicas y están siempre por fuera del esquema propuesto por el canon.

En un acto doble de autocastigo y de negación del otro (del padre de su hijo)³¹, Daniela se niega a la continuidad de la utopía al impedir que su hijo nazca. De otro lado, Valdés deja claro que hay una definitiva diferencia de género en la manera como los dos amantes viven su relación amorosa. Mientras el ladrón, consecuente con su condición de signo evasivo e inestable, le repite continuamente que no la ama y que no le plantee un amor comprometido y duradero, ella descubre con él la ternura y, con ella, la experiencia de vivir su cuerpo desde un lugar diferente al dolor. La ternura le ofrece una posibilidad de reconstruir su cuerpo, de unir sus fragmentos, de reconciliar la isla interior que indica el signo de su soledad. No obstante, ante la evasión del ladrón, el cuerpo de Daniela vuelve a ser un signo fragmentado y doliente. La novela, en este aspecto es una transgresora historia de hadas en la que el hombre, el príncipe, abandona a la princesa, dejándola desprotegida después de gozarla. Ella, por su parte, es una antiprincesa que trunca su maternidad provocándose un aborto, quebrantando completamente el modelo tradicional de familia y poniendo en evidencia la fragilidad del rol tradicional de la familia heterosexual como eje importante de lo nacional y del proyecto nacional.

La fragmentación del cuerpo, la fluctuación intensidad-insensibilidad y el uso de un lenguaje agresivo y soez, son pues tres elementos a través de los cuales Zoé Valdés construye al personaje de Daniela como un signo femenino, marginalizado en el proceso de construcción del hombre nuevo. Su cuerpo, su sensibilidad y su lenguaje señalan el fracaso: no tiene éxito ni como hermana, ni como hija, ni como madre, tres espacios fundamentales asignados a la mujer en el discurso revolucionario. Además, la historia de Daniela es solo una dentro de las historias de diversas mujeres –su madre, Marcela, su amiga cubana– que se entretajan en la obra y que muestran cómo Valdés no identifica ninguna esencia universal femenina, sino que reivindica la especificidad de las experiencias que cada una de ellas tienen. En este aspecto también se opone al modelo homogéneo de la Mujer propuesto por la Revolución.

31 La historia de amor entre el ladrón y Daniela es otro elemento que puede identificarse como “nomádico” en la narración. Contiene rasgos de romance tradicional entre una hermosa princesa y un lindo y adinerado príncipe, entre un europeo y una latinoamericana, entre un hombre que desea el cuerpo de una joven y una joven que desea ser amada, tener su propia casa, tener otra nacionalidad. Digo nomádico porque evidencia muy radicalmente las ambivalencias, las múltiples posicionalidades del personaje. A diferencia de escritoras que invierten la relación de poder entre lo femenino y lo masculino, Valdés muestra que, si bien rebelde ante sus padres y ante una tradición hegemónica, Daniela es una mujer emocionalmente vulnerable que, en el fondo, busca desesperadamente ser amada. Esto es claro cuando durante un encuentro sexual, recuerda que él no está usando preservativo y él impone su deseo y su decisión de nunca usarlo. Igualmente, ella se enterará por un anuncio en *spray* sobre el Arco del Triunfo, del abandono del amado y luego, por la televisión, sabrá de su real identidad y de que, bajo su condición de heredero de un trono, viajará a Cuba después de abandonarla.

Exilio y territorialización

La última posición de la que se habló al comienzo de este trabajo es la del exilio. La novela es introducida por la cita de la canción “Contigo en la distancia” de César Portillo de la Luz, la cual es un referente que alude directamente a la nostalgia producida en la escritora por su condición de exiliada. La narradora también indica cómo Daniela nunca logra distanciarse completamente de Cuba, su país, la isla que está en ella no a través de la memoria, sino de la carencia nombrada por medio de su rabia.

El trabajo de Amy Kaminsky (1999) y de Domnica Radulescu (2002) sobre el exilio es el que guía teóricamente esta parte de mi análisis. El eje central es el reconocimiento de que la experiencia del exilio está necesariamente vinculada al cuerpo, lo atraviesa y deja en él huellas definitivas. Siendo así, es entonces una experiencia que también está conectada a la diferencia de género, particularmente si se tiene en cuenta que, desde la conexión entre territorio y poder, el exilio se definiría como un afuera total, en el que se pretende negar al exiliado cualquier posibilidad de pertenencia al territorio nacional. El exilio es igualmente una experiencia vinculada al espacio. Impone la necesidad de recrear continuamente, a un nivel imaginario, una realidad física perdida o, cuando menos, distante. Kaminsky (1999) considera, además, que la relación entre exilio y espacio es paralela a la posición del cuerpo femenino en el espacio; de ahí que en su texto *After Exile: Writing the Latin American Diaspora*, establezca una conexión entre su discusión sobre el exilio y su relación con el cuerpo y la discusión de las diferencias de género. Domnica Radulescu elabora esta relación diciendo que: “[...] both the exile and the feminine body are to various degrees marginal and marginalized and attempt, by various links to language, via let’s say a resisting discourse, to negotiate this position of marginality either by keeping to the periphery and making a virtue out of it, or by attempting to bring the margins to the center and thus de-centralize the center” (2002, p.188)³².

Hay un paralelo entre el cuerpo exiliado y el cuerpo femenino marginalizado ya que “the marginalization inherent in the condition of the exile is doubled by the

32 “[...] ambos, el cuerpo exiliado y el femenino, son marginales y marginalizados en varios grados e intentan, por varios lazos con el lenguaje, por medio, digamos, de un discurso de resistencia, negociar esta posición de marginalidad por medio de quedarse en la periferia y hacer de eso una virtud, o por medio del intento de traer los límites al centro y de esa manera decentralizar el centro” (mi traducción).

condition of being a woman” (Radulescu, 2002, p.188)³³. Daniela, en su cuerpo, su sensibilidad y su lenguaje, encarna la ambivalencia característica del discurso y de la posicionalidad del exiliado: “The discourse of exile, like much of feminist discourse, contains the inherent bipolarity of being both a discourse of resistance, [...] and a discourse of reintegration and repositioning of the self within the world, in ways that are not solely metaphoric, but largely physical” (Radulescu, 2002, p.188)³⁴. Lo peculiar de Daniela es que la manera como ella alcanza una posición en el mundo está marcada por la marginalidad y una actitud reactiva ante su sensibilidad, su cuerpo y su pertenencia a una Nación y una cultura. Vive una relación fragmentada con la realidad producida por la experiencia simultánea del presente alienante en un nuevo ambiente, y el pasado doloroso que retorna continuamente en la memoria.

Daniela vive el exilio como una experiencia interior, no como una experiencia hacia afuera, hacia el mundo que la rodea. El mundo exterior, aunque seductor —ya que ella reconoce que la anima la posibilidad de viajar a París, y la exuberancia de comer las delicias de la repostería francesa—, carecen de significado y de valor. Igualmente las piezas de arte que el ladrón roba y retorna más tarde. Lo que para ella cuenta es su mundo interior. Esta especie de “exilio privado” o “exilio interior” pone de manifiesto un deseo o una necesidad de separarse del mundo empírico y de vivir en el mundo interior. De ahí que pueda decirse que Daniela vive una especie de doble exilio: un exilio físico marcado por el viaje que la aleja de Cuba y uno interno por medio del cual se distancia, se exilia de una realidad de alienación extrema y a múltiples niveles.

Esta alienación es mayor cuando el personaje vive la experiencia del exilio como un encuentro con el mundo superficial e hipócrita de la política internacional. Allí:

La recibían los representantes de todos los países de la bolita del mundo, salvo los del campo adverso: los imperialistas yanquis, los malos de la película. Estaban los socialistas, semisocialis-

33 “la marginalización inherente a la condición del exiliado es duplicada por la condición de ser mujer” (mi traducción).

34 “El discurso del exilio, como mucho del discurso feminista, contiene la bipolaridad inherente de ser a la misma vez un discurso de resistencia, [...] y un discurso de reintegración y reposicionamiento del ser dentro del mundo, de maneras que no son solamente metafóricas, sino más bien físicas” (mi traducción).

tas y exsocialistas, revolucionarios, mejor dicho, progresistas, capitalistas buenos, capitalistas malos, capitalistas peores, –en algún rincón estaría agazapado el fascismo, ganando votos. La izquierda de derecha y la derecha de izquierda, la mitad de un comunista... intelectuales– ¡cómo iban a faltar!, pintores, periodistas, futbolistas, en fin, toda la bufonería [...]. (p.64)

Esta es la Cuba del universo globalizado de las relaciones internacionales. Es la Cuba que Valdés parodia al criticar las imágenes estereotípicas que han caracterizado a la isla como paraíso exótico, desde la perspectiva europea, o como paraíso terrenal en el que la Revolución ha florecido, desde la perspectiva revolucionaria. En vez de hablar de Cuba como un espacio-nación esencial, la autora ofrece las diferentes posiciones que, como cubanos, vive cada personaje. Esta es una Cuba múltiple, aquella en la que, por una parte, vive la amiga a la que se le anuncia la salida del país para ir a engrosar las listas de exiliados cubanos desperdigados por el mundo, allí vive el novio que la llama por teléfono a París, “robándose una línea en dólares del hotel español que se había inaugurado en la isla” (p.90), y ahí también son “todos aquellos niños ahogados en el remolcador hundido en el mar” (p.94) que Daniela recuerda al abortar a su hijo en la bañera de Marcela. La novela contiene pues, otra referencia a lo espacial-temporal en su tratamiento del exilio y, particularmente, en su crítica a la vida diplomática. Hay en el relato un doble hilo narrativo que evidencia la tensión entre la historia local cubana con la historia internacional, entre lo local y lo global. Por una parte, está la tensión Caribe-Europa, encarnada por las divergencias Cuba-París, y que en la novela se representan a nivel de contraposiciones raciales y de clase social. Por otra, está la tensión producida por la posición de Cuba dentro de la economía global. Claramente, el eje hacia el cual es más crítica Valdés lo constituye la participación de la diplomacia cubana en la burocracia diplomática internacional.

La hija del embajador identifica a este mundo como un espacio de intercambios sexuales ilícitos, de traiciones y fuga de información, de exagerados gastos superfluos de dineros públicos y, antes que nada, de hipocresía ideológica. Por todas esas razones, igualmente, la novela no se refiere a Cuba como la isla romantizada por la nostalgia, ni reconoce ningún espacio como estable y definitivo, sino que se mueve entre espacios contradictorios, contingentes, provisionales e, inclusive, simultáneos. Esta espacialidad liminal habitada por Daniela, puede entenderse mejor en referencia a la noción de “espacios paradójicos” (*paradoxical spaces*), también propuesta por Gillian Rose (1993) en su ya mencionado texto

*Feminism and Geography*³⁵, dado que Rose indica cómo el espacio paradójico es el fenómeno que identifica aquellos que están en una posición liminal entre dos culturas o entre dos sistemas de creencias, y esta es una posición que caracteriza particularmente a las mujeres, quienes pueden ocupar posiciones fluidas, variadas, internas y externas simultáneamente. En *La hija del embajador*, esta es una estrategia narrativa que se manifiesta contraria al discurso hegemónico tradicional y que propone más bien una política espacial en la que en vez de historias arquetípicas construidas en lugares estáticos, se elabora una especie de proyecto cartográfico definido por mapas de complejas geometrías yuxtapuestas. Quizás precisamente porque, como igualmente indica Rose y Blunt (1994) en la introducción a *Writing Women and Space*: “The fluidity of such geometries is insisted upon partly because the dynamics of power are always shifting and, as Chela Sandoval argues, this mobility requires a mobile response” (p.7)³⁶.

Daniela habita un territorio desterritorializado al que nunca termina de llegar, en el que nunca puede echar raíces y anclar. La memoria no constituye para ella una vía de retorno puesto que siempre tuvo dificultad para recordar ya que vivió siempre un sentido del tiempo particular. No solo es su dislocación temporal lo que hace inefectiva a la memoria, sino también su condición marginal dentro de la isla. Ya desde antes de viajar a Francia, Daniela no pertenece, no se reconoce como producto del proyecto nacional revolucionario. Su nombre apocalíptico la denuncia, particularmente como habitante de “una isla que quiso construir el paraíso” –como lo repite el personaje de Yocandra en la otra novela de Valdés, *La nada cotidiana* (1995)–.

La experiencia con los padres y con el mundo normativo que representan es igualmente problemática porque siempre la declaran como diferente, como otro. Los continuos conflictos con la madre, sus relaciones sexuales con los enemigos políticos del padre, el aburrimiento y el abandono que le producen las reuniones sociales, son ejemplos claros de su incapacidad de ser/formar parte de ese mundo, integrándose o negociando con él. Y la relación amorosa con el ladrón solo la autodescubre siempre como alguien de otra cultura. Como alguien que no es ni será francesa.

35 En este texto Gillian Rose está interesada, entre otras cosas, en analizar las formas en las cuales las mujeres entran en estos espacios liminales. La noción de espacios paradójicos le permite entender cómo las mujeres pueden ocupar estos lugares como participantes internos y externos, lo cual pone en evidencia el potencial subversivo de las posiciones espaciales que ellas pueden ocupar.

36 “Se insiste en la fluidez de dichas geometrías en parte porque las dinámicas del poder son siempre cambiantes y, como argumenta Chela Sandoval, esta movilidad requiere una respuesta igualmente móvil” (mi traducción).

Amy Kaminsky indica que: “Exile and all the processes related to it have a material component, and that component is felt, experienced, and known through the body” (1999, p.xi)³⁷. Según esto, en un personaje como el de Daniela se da un ejemplo de cómo la generación que se ha construido en la postutopía revolucionaria, por una parte, reconoce la importancia de la confrontación de los asuntos de género en la experiencia de definir una identidad; por otra, construye personajes que experimentan incluso una disolución identitaria, dado que ni el proyecto nacional, ni la definición territorial y geográfica, ni la familia parecen ofrecer condiciones seguras a las cuales anclarse. Esto es lo que en este trabajo se ha identificado como un nuevo sentido de la espacialidad y la temporalidad, las cuales ya no se asocian directamente ni se comprometen con un proyecto nacional. En la novela es claro que la autora experimenta con la posibilidad de re-escribir un sentido de identidad/des-identidad nacional cubana desde una posición determinada por el género, por su condición femenina.

Mientras en el contexto de un discurso nacionalista tradicional y hegemónico “‘a sense of place’, of rootedness, can provide [...] stability and a source of unproblematical identity” (Massey, 1999, p.172)³⁸, la novela de Valdés enfatiza la presencia radical de una espacialidad móvil en la que no se vislumbra ni la Nación, ni el hogar, ni siquiera la interioridad de un cuarto propio. Con ello, la autora denuncia directamente cómo el discurso masculino tradicional ha propuesto y reforzado la conexión entre la imagen esencialista de un Estado-Nación, entendido como un territorio estable y homogéneo al cual deberían identificarse todos los ciudadanos, sin distinciones de género, raza o clase.

La hija del embajador constituye en este sentido, todo un cuestionamiento de la construcción del espacio entendido como territorio nacional y como lugar de ejercicio de poder a través de una retórica masculina, patriarcal y nacionalista. O, como dice Ruth Behar (2000):

If diasporic consciousness, nomadism, and a sense of multiple identity define the postutopian moment of Cuba’s revolutionary children, it is no surprise to discover, and sex itself, have become the home-away-from-home, the resisting point for so much

37 “El exilio y todos los procesos relacionados con él tienen un componente material, y ese componente es sentido, experimentado y conocido a través del cuerpo” (mi traducción).

38 “‘Un sentido de lugar’, de arraigamiento, puede proveer [...] estabilidad y ser una fuente de identidad no problemática” (mi traducción).

homelessness. Add to this the Cuban concern with the erotics of power, and it becomes clear why this generation must map the new world by reinventing gender and sexuality. (p.145)³⁹

Referencias bibliográficas

- Anderson, B. (2006). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: New York: Verso.
- Araújo, N. (2000). The Sea, the Sea, Once and Again: Lo cubano and the Literature of the Novísimas. En Fernández, D. y Cámara Betancourt, M. (Eds.). *Cuba, the Elusive Nation: Interpretations of National Identity* (224-239). Gainesville: University of Florida Press.
- Behar, R. (2000). Post-Utopia: The Erotics of Power and Cuba's revolutionary Children. En Fernández, D. y Cámara Betancourt, M. (Eds.). *Cuba, the Elusive Nation: Interpretations of National Identity* (134-154). Gainesville: University of Florida Press.
- Bejel, E. (2000). Cuban Condem Nation of Queer Bodies. En Fernández, D. y Cámara Betancourt, M. (Eds.). *Cuba, the Elusive Nation: Interpretations of National Identity* (155-175). Gainesville: University of Florida Press.
- Fernández, D.F. (2000). Cuba and *lo Cubano*, or the Story of Desire and Disenchantment. En Fernández, D. y Cámara Betancourt, M. (Eds.). *Cuba, the Elusive Nation: Interpretations of National Identity* (79-99). Gainesville: University of Florida Press.
- Kaminsky, A. (1999). *After Exile. Writing the Latin American Diaspora*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Kaplan, C. (2001). Deterritorializations. The Rewriting of Home and Exile in Western Feminist Discourse. En Roberson, S. (Ed.). *Defining Travel. Diverse Visions* (190-199). Jackson: University of Mississippi Press.
- Knapp, B. (1991). *Exile and the Writer: Exoteric and esoteric Experiences: A Jungian Approach*. University Park, Pa.: State University of Pennsylvania Press.
- Leclercq, C. (2004). *El lagarto en busca de una identidad. Cuba: identidad nacional y mestizaje*. Madrid: Iberoamericana.

39 "Si la consciencia diaspórica, el nomadismo y un sentido de identidad múltiple define el momento postutópico de los hijos de la Revolución en Cuba, no es sorprendente descubrir que estos y el sexo mismo, se han convertido en el hogar-lejos-del-hogar, el punto de resistencia frente a tanto desamparo. Si le sumamos a esto la preocupación cubana con la erótica del poder, queda claro por qué esta generación tiene que trazar el mapa del nuevo mundo a través de la reinención del género y la sexualidad" (mi traducción).

- Massey, D. (1999). A Global Sense of Place. En Rose, G. y Massey, D. (Eds.). *Deterritorialisations... Revisioning. Lanscapes and Politics* (167-177). London: Dog Publishing Limited.
- Massey, D. (1999). Some Times of Space. En S. May (Ed.). *Olafur Eliasson: The Weather Project* (107-118). London: Tate, 2003.
- Radulescu, D. (Ed.) (2002). *Realms of Exile: Nomadism, Diasporas, and Eastern European Voices*. Lanham, MD: Lexington Books.
- Rich, A. (2003). Notes Toward a Politics of Location. En Lewis, R. y Mills, S. (Eds.). *Feminist Postcolonial Theory: A Reader*. New York: Routledge.
- Rojas, R. (2000). Gallery of Cuban Writing. En Fernández, D. y Cámara Betancourt, M. (Eds.). *Cuba, the Elusive Nation: Interpretations of National Identity* (240-261). Gainesville: University of Florida Press.
- Rose, G. (1993). *Feminism and Geography: The Limits of Geographical Knowledge*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Rose, G. and Blunt, A. (Eds.). (1994). *Writing Women and Space. Colonial and Postcolonial Geographies*. New York: Guilford Press.
- Rose, G. y Massey, D. (Eds.) (1999). *Deterritorialisations... Revisioning. Lanscapes and Politics*. London: Dog Publishing Limited.
- Smith, A. (1971). *Theories of nationalism*. Londres: Gerald Duckworth.
- Smith, A. (1986). *The Ethnic Origins of Nations*. Malden: Blackwell.
- Snyder, L. (1968). *The New Nationalism*. Ithaca: Cornell University Press.
- Valdés, Z. (1995). *La nada cotidiana*. París: Actes-Sud.
- Valdés, Z. (1996). *La hija del embajador*. Barcelona: Emecé Editores.
- Valle, A. (2006). *Jineteras*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Yuval-Davis, N. (1997). *Gender and Nation*. Londres: University of East London.

